

Lic. Luis Balaña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	5 El Espíritu Santo
<i>Walter Kasper</i>	6 El Espíritu da la vida
<i>Michael Figura</i>	17 El Espíritu Santo y la Iglesia
<i>Paul Mc Partlan</i>	31 El Espíritu Santo y la Confirmación
<i>Alberto Espezel</i>	42 Iglesia, Eucaristía y Espíritu Santo
<i>Víctor Fernández</i>	48 La renovación pentecostal y los carismas
<i>Virginia R. Azcuy</i>	66 El viento sopla donde quiere...
<i>Dom Robert Le Gall</i> <i>O.S.B.</i>	80 Dos himnos al Espíritu Santo: El <i>Veni Creator Spiritus</i> y el <i>Veni Sancte Spiritus</i>
<i>Olegario González de Cardedal</i>	96 Testimonio: Estaciones de un camino

Iglesia, Eucaristía y Espíritu Santo

por Alberto Espezel*

En estas breves reflexiones deseamos recordar el significado teológico de la invocación al Espíritu Santo –epiclesis– que se realiza en cada celebración eucarística, para contemplar así mejor la mutua relación existente entre la Eucaristía, el Espíritu Santo y la Iglesia.

Elegimos el meditar inmediatamente a partir de los textos de dos plegarias eucarísticas, la actual plegaria cuarta y la antigua plegaria eucarística de la Iglesia de Jerusalén, llamada comunmente la plegaria de Santiago, que se remonta a un tiempo antiquísimo, aunque post-apostólico, en la convicción de que el axioma “lex orandi, lex credendi” (lo que se ora es lo que se ha de creer) ilumina de un modo especial el misterio eucarístico, y nuestro tema en particular.

Como todos recordamos, existen dos epiclesis o invocaciones al Espíritu Santo en las plegarias eucarísticas. La primera epiclesis –de consagración– invoca la venida del Espíritu Santo sobre los dones del pan y del vino para que sean cambiados o mutados en el cuerpo y sangre del Señor. Esta primera epiclesis es llamada epiclesis sobre los dones o epiclesis de consagración.

La segunda epiclesis –llamada de comunión– es aquella oración al Espíritu Santo para que realice la unidad de aquellos que han de comulgar el cuerpo y la sangre del Señor.

Si la *res sacramenti*, si el efecto sacramental propio de gracia de la Eucaristía es la unidad del cuerpo eclesial con su cabeza, que es Cristo (por ej. ver Sto. Tomás, ST III, 73, 3C), esta segunda epiclesis invoca la venida del Espíritu –por medio de la Eucaristía– sobre aquellos que comulgan para que alcancen aquella unidad a la que tiende por entero el misterio de la celebración eucarística. Esta *communio*, obrada por el Espíritu Santo, no anula al individuo sino que lo personaliza en su identidad más profunda. La teología contemporánea, (Balthasar, Greshake, Durrwell) ha profundizado en esta obra personalizadora del Espíritu en los cristianos.

* Alberto Espezel, sacerdote, San Isidro. Profesor de teología dogmática en el Seminario de San Isidro y otros Institutos.

Ambas epiclesis constituyen momentos centrales de la celebración, valorados aún más en la tradición oriental que en la occidental. Las epiclesis eucarísticas constituyen, en efecto, el momento culminante de las plegarias orientales. Pero advertamos aquí una diferencia esencial entre ambas tradiciones.

Normalmente la epiclesis constituye una invocación *al Padre* para que envíe el Espíritu, ya sobre los dones, ya sobre los fieles, dentro del conjunto de la plegaria eucarística, siempre dirigida al Padre. Como excepción, existe también alguna plegaria oriental (la liturgia de Gregorio de Nacianzo, capadocio; la Eucología de Serapion y la liturgia de san Marcos, ambas alejandrinas) en las que la invocación es dirigida *a Cristo* para que envíe el Espíritu. Esta modalidad más bien excepcional debe ser vista en el marco de la polémica antiarriana con el objeto de subrayar la divinidad de Cristo.

Mientras que en la tradición latina la epiclesis sobre los dones de pan y vino tiene lugar en el momento inmediatamente anterior al de las palabras de la cena, y la epiclesis de comunión se recita después de aquellas palabras y del recuerdo del memorial, en la tradición oriental ambas epiclesis se encuentran unidas entre sí en una forma muy significativa, y están ubicadas después de las palabras de la cena y del recuerdo del memorial consiguiente. Advertiremos claramente esta diferencia al citar ambas plegarias.

Las epiclesis en la cuarta plegaria eucarística

Antes de las palabras de la Cena, y luego de un admirable desarrollo histórico-salvífico, el texto afirma:

“Y porque (para que) no vivamos ya para nosotros mismos,
sino para El, que por nosotros murió y resucitó,
envió, Padre, al Espíritu Santo
como primicia para los creyentes
a fin de santificar todas las cosas
llamando a plenitud su obra en el mundo...”

A continuación prosigue propiamente la epiclesis sobre las ofrendas:

“Por eso, Padre, te rogamos
que este mismo Espíritu
santifique estas ofrendas,
para que sean
cuerpo y sangre
de Jesucristo, nuestro Señor,

y así celebremos el gran misterio
que nos dejó como alianza eterna..."

Esta epiclesis constituye una invocación al Padre para que envíe el Espíritu santificando los dones (el pan y el vino) de modo que lleguen a ser el cuerpo y la sangre del Señor. En esta epiclesis de consagración, el Espíritu aparece como el agente santificador principal que obra la mutación de los dones por medio de la acción celebrativa del sacerdote, que celebra *in persona Ecclesiae* y también *in persona Christi*.

En cuanto a la segunda epiclesis, de comunión, tiene lugar, como en todas las plegarias latinas, después de las palabras de la cena y de las palabras de recuerdo del memorial que se celebra. El texto reza entonces:

"Dirige tu mirada sobre esta Víctima,
que Tú mismo has preparado a tu Iglesia,
y concede a cuantos compartimos
este pan y este cáliz,
que congregados en un sólo cuerpo por el Espíritu Santo,
seamos en Cristo
víctima viva para alabanza de tu gloria"

La oración dirigida al Padre comienza pidiendo que contemple las ofrendas consagradas, que son una víctima sacrificial, Cristo allí ofrecido (Eucaristía en tanto sacrificio), y a continuación pide que cuantos compartan –coman y beban– el pan y el cáliz consagrados, sean congregados por el Espíritu Santo en un sólo cuerpo eclesial, para unirse oblativamente a Cristo. Esta epiclesis de comunión pide la unidad obrada por el Espíritu en un sólo cuerpo, con un sentido oblativo y sacrificial subrayado de un modo peculiar.

Aparece claramente el significado de unidad que tiene la Eucaristía, junto al momento de co-ofrecimiento de los cristianos con Cristo al Padre en virtud de la acción del Espíritu recibido por medio de la misma Eucaristía.

Las epiclesis en la plegaria de Santiago

Como dijimos en la introducción, la tradición litúrgica oriental une ambas epiclesis colocándolas luego de la recitación de las palabras de la Cena y del momento rememorativo posterior a aquéllas.

"Orando a Tí de no actuar con nosotros de acuerdo a
 nuestros pecados...
sino según tu equidad y tu inefable filantropía,

pasando más allá y cancelando el acto de condena,
 que es contrario a nosotros, por eso te suplicamos...
 tu pueblo y tu Iglesia te suplica...
 ...ten misericordia de nosotros...Oh Padre omnipotente...
y manda sobre nosotros y sobre estos santos dones
presentados tu Espíritu santísimo, el Señor y el vivificante...
 que descendió en forma de paloma sobre el Señor nuestro
 Jesucristo en el río Jordán,
 que descendió sobre tus santos apóstoles en forma de
 lenguas de fuego,
para que viniendo...haga de este pan el cuerpo santo de
Cristo; y de este cáliz la sangre preciosa de Cristo,
 para que sean de todos quienes participan
 para la remisión (perdón) de los pecados y para la vida eterna,
 para la santificación de las almas y de los cuerpos,
 para la justificación de las obras buenas,
para la afirmación de tu santa, católica y apostólica Iglesia
 que has fundado sobre la piedra de la fe...
 hasta la consumación del mundo..."
 (Ed.B-Ch.Mercier, Giraud,1989, 414 y ss.; subrayado nuestro).

Después de pedir el perdón (la cancelación del acto de condena) esta doble oración epiclética pide el envío del Espíritu sobre los participantes, y sobre los dones presentados para su mutación en el cuerpo y sangre de Cristo de manera que sean comidos por quienes participan de la celebración y obtengan así la remisión de sus pecados, su santificación y para la afirmación de la santa Iglesia hasta la consumación del mundo.

Si quisiéramos simplificar esta oración, la expresaríamos así: "Envía, Padre, tu Espíritu sobre nosotros y sobre estos dones para su mutación en el cuerpo y sangre de tu Hijo, de modo que quienes lo coman, les sean remitidos sus pecados, sean santificados y sea afirmada tu santa Iglesia".

La unión de ambas epiclesis, típica de la tradición oriental, expresa de una manera quizás más clara que la tradición latina el sentido teológico fundamental de la Eucaristía: la unidad de todos en Cristo, lograda por la recepción del Espíritu Santo a través de la Eucaristía comida y bebida en común.

Epiclesis y Misiones trinitarias

Prosigamos nuestras reflexiones con una cita luminosa del docu-

mento de Munich sobre el misterio de la Iglesia y la Eucaristía (1982) de la comisión oficial mixta ortodoxo-católica de diálogo ecuménico:

“ ... 5. La misión del Espíritu permanece unida a la del Hijo. La celebración de la Eucaristía revela las energías divinas manifestadas por el Espíritu, operantes en el cuerpo de Cristo...

El Espíritu transforma los dones sagrados en el cuerpo y la sangre de Cristo a fin de que se realice el incremento del cuerpo que es la Iglesia. *En este sentido, toda la celebración es una epiclesis, más explícita en ciertos momentos. La Iglesia se encuentra permanentemente en estado de epiclesis* (subrayado nuestro).

El Espíritu introduce en la comunión con el cuerpo de Cristo a los que participan de un mismo pan y de un mismo cáliz. A partir de aquí, la Iglesia manifiesta lo que es; el sacramento de la *koinonía* (comunión) trinitaria, la “morada de Dios con los hombres (Ap.21,4)”.

El Espíritu, al actualizar lo que Cristo hizo de una vez por todas –el acontecimiento del misterio– lo realiza en todos nosotros. Esta relación con el misterio, más evidente en la Eucaristía, se encuentra también en los otros sacramentos, todos ellos actos del Espíritu. Por lo cual, la Eucaristía es el centro de la vida sacramental”.

Recordemos aquí el concepto de misión trinitaria: se trata del envío del Hijo por parte del Padre al mundo y a la historia, y a los hombres, como también el envío del Espíritu Santo por parte del Padre y del Hijo (Cf. por ejemplo Sto. Tomás, S.T.I,43).

En la economía salvífica, la misión de Cristo se continúa en la misión del Espíritu Santo y queda unida a ella: “...Aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado” (Jn.7,39). El Resucitado, en cambio, ya glorificado, derrama en Pascua su Espíritu sobre los apóstoles (Jn.20,22), Espíritu simbolizado previamente en el agua que corre del costado abierto del Señor crucificado (Jn.19,34). El es la fuente del agua viva que es el Espíritu Santo (Jn.7,37-38). En la visión de Lucas, esto ocurre en Pentecostés (Hech.2).

La teología alejandrina mostrará la obra de Cristo a la luz de la donación del Espíritu: la obra salvífica y redentora de Cristo consiste justamente en llegar a darnos su Espíritu Santo. El fin último de la venida del Hijo en la carne consiste en compartir su Espíritu con nosotros. Ello no obsta a que sea también el Padre la fuente del Espíritu, junto al Hijo: “yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre” (Jn.14,16). “El Padre dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan” (Lc.11,13).

Ahora bien, la misión trinitaria del Espíritu no se separa de la misión trinitaria del Hijo, porque el Espíritu es Espíritu del Hijo y del Pa-

dre. De tal modo que así como hemos dicho que Cristo nos da su Espíritu, cabe decir que el Espíritu nos da a Cristo y nos recuerda y es memoria viviente de Cristo (Jn.14,26).

“En la historia del mundo y en la historia salvífica se da una obra común y al mismo tiempo distinguible, que se une en un punto de convergencia, de “las dos manos del Padre”(Ireneo) el Logos y el Espíritu””(Balthasar, TL III,46).

La mutua presencia (circumincisión) que se da entre las Personas trinitarias en la Trinidad inmanente, tiene lugar también a través de las misiones trinitarias. La circumincisión se da también en la Trinidad económica. La invocación epiclética, entonces, al Espíritu Santo, lleva finalmente a la presencia de Cristo en las especies consagradas, y a su vez conlleva la presencia de su Espíritu, Espíritu de comunión en aquellos que han comido el mismo cuerpo y bebido la sangre de Jesús, profundizando su comunión en el mismo cuerpo eclesial de Cristo.

Es importante retener la muy feliz expresión del documento citado en el sentido de que la Iglesia se encuentra permanentemente en estado epiclético, en tanto que ora al Padre en Cristo pidiendo el Espíritu. Esta oración de petición del Espíritu encuentra su momento culminante en las epiclesis eucarísticas.

Conclusión

Para concluir, es necesario mostrar las diversas concreciones o niveles de realización que tiene la celebración eucarística en la vida eclesial. Así, por ejemplo, entre tantas otras, el nivel de la comunidad parroquial, presidida por el párroco a cargo de una porción del pueblo de Dios encomendada por el obispo; el de la Iglesia diocesana con el obispo y su presbiterio; el de una comunidad religiosa (por ej. monástica), el de la Iglesia universal con el Papa y los (o algunos) obispos de la Iglesia universal.

El axioma de que la Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía, tan admirablemente recordado por Lubac, encuentra una forma análoga de realización que es preciso tener presente, y descubrir de ese modo la riqueza y variedad de concreción que la celebración eucarística puede tener en la Iglesia. Y cómo la Iglesia misma encuentra consecuentemente diversas formas de concreción a partir de la Eucaristía, su misterio o sacramento central.

La contemplación teológica y espiritual de los textos litúrgicos son una fuente inagotable de profundización en el misterio cristiano. Cuánto más, cuando se trata de los textos que celebran el misterio central, allí donde culmina la vida de la Iglesia (Sac. Concilium 7, in fine).